

## **Etapas 2. Rollán – Cabeza de Diego Gómez**

*5 de diciembre de 2018*

Las nueve y cuarto de la mañana. Estoy jubilado, sin obligaciones y hace sol. Es el día ideal para la segunda etapa de camino al Atlántico. Rollán – Cabeza de Diego Gómez. La he sobrevolado con el Google Maps y parece estar todo controlado. Pero no tengo ningún amigo disponible para acompañarme y, me repito, solo no voy a ir. Pero, seguramente animado por el café con leche y los dos churros, me sorprende pensando que cojo el coche, me llevo hasta Rollán y allí veo qué tal. Te asomas al camino, andas un poco y te vuelves al menor sustillo.

Aparqué al lado de la iglesia, pegando a donde cogimos el autobús Javi, Juani y yo para volver a Salamanca después de la primera etapa, Doñinos – Rollán. Le pregunto a un señor mayor que debía ir a buscar el pan porque llevaba una bolsa. Buenos días, ¿la salida hacia Cabeza de Diego Gómez? Tiene que coger el camino a Garcigrande... Sí, pero por ahí se pasa por la finca y me da miedo que haya perros sueltos. Los tienen recogidos me han comentado unos amigos... Prefiero ir por lo que se llama la Vereda de los Mártires. ¡Ah, la calzada! ¿No hay perros ni porteras? Perros no, ya sabe que apenas quedan rebaños y los que hay están dentro de las fincas. Llega hasta la ermita y, pasado el cementerio todo a la derecha. Vale, gracias.

Antes de separarnos me mira con sus ojos azules y me dice: ¿Va usted sin un palo? No se puede ir por esos caminos sin un palo, hombre. Me miró otra vez, yo iba vestido y calzado como paseo por Salamanca, ensayó un condicional, si estuviera al lado de casa... Y tras sus cálculos mudos me dijo “venga conmigo”. Tenía 82 años bien llevados, había estado trabajando en Grenoble (Francia) cinco años en una fábrica de galletas porque a su mujer no le gustaba vivir cuidando una finca. Se volvieron y trabajaron en una cerca de Porqueriza, donde está el Puente del Diablo. Conocíamos los dos a Alipio, de La Mata de Ledesma. Le llevamos a trillar a la finca cuando era joven me dijo. Comenté que Alipio sabía mucho de la Arqueología de la zona y me contestó llevándose el dedo a la cabeza que era muy listo. Rebuscó entre las tablas del techo de su tenada y bajó un palo. Me lo dio tras comprobar con un par de golpes en el suelo con él su consistencia. Buscó también un recorte de periódico con una foto del Puente del Diablo pero no la encontró.

Es verdad que un palo reconforta, más lo claro y soleado del día, y me aventuré a hacer alguno de los 14 km hasta La Cabeza. No hubo más sustos que la voz femenina del Runkeeper cada vez que anunciaba los km y el ritmo promedio. Ya con haber llegado hasta allí y haber iniciado el camino estaba tan contento, pero sería estupendo llegar. El inicio del camino estaba despejado, se veía hasta un km por delante. Ideal para ver con antelación si me tenía que volver. Areniscas de Cabrerizos eran las rocas de las tapias que me encontraba y allí adelante se veía cómo el camino se ondulaba entre las primeras encinas de la mañana. Territorio de emboscadas, pensé. Bueno, me adentro un poco y vemos. Como si fuéramos dos: el que pensaba y el que andaba. Atravésé el encinar y a la altura del Río Seco el camino, se supone que público, lo compartíamos un montón de vacas repartidas por esa finca cerca de

Sagos y el caminante, yo. Sé que las vacas no hacen nada, aunque siempre se quedan mirándote un rato eterno antes de alejarse, veía que la línea que yo llevaba no estaba ocupada por ninguna y ya llevaba un buen rato andando. Tiré para delante viendo la tapia a mi izquierda por si tenía que saltar. Pasé. Nada más dejar las vacas atrás pisé una carretera asfaltada perpendicular al camino que traía. Ya tenía un comodín. Si volvía para atrás no tendría que volver hasta Rollán ni pasar entre las vacas otra vez. Solo hasta esa carretera y luego haría dedo hacia donde fuera. El asfalto es lo mejor.

La Vereda de los Mártires se había acabado. El camino seguía atravesando porteras canadienses pero no volví a toparme con animales sueltos en el camino. Las vacas que me encontraba levantaban la cabeza y se me quedaban, todas, mirándome, con mi palo y mi ropa de domingo. Lo que encontré después de los primeros cerdos ibéricos, para mi alegría, fueron las primeras rocas de granito, grandes superficies desgastadas que sobresalían apenas de la hierba, entre las encinas. Ya, hasta cerca del mar, será difícil que no encuentre granito en todas las etapas. El Carbonífero, desde hace casi 400 millones de años, ahí, tan tranquilo.

Estaba cerca del final de la etapa. Pero vigilante. Allí a lo lejos una forma oscura no muy grande estaba en la mitad del camino. Será una planta, una piedra... Los ojos de los miedosos están muy entrenados y advertí que la forma variaba. Cambió del todo y se convirtió en un zorrillo que salió huyendo. Adelante se veían las casas y dependencias de una dehesa. Tenía que pasar pegando a ella, con los perros enormes que saldrían por cualquier puerta o asomándose amenazadores subidos a la tapia dispuestos a saltar. Pasé a la carrera por la única puerta abierta donde acerté a ver otras gallinas.

Llegué a Cabeza de Diego Gómez. Muy contento. Le pregunté a un señor que enrollaba una manguera amarilla y se la colgaba al hombro que si había bar. Me dijo que allí no vivía nadie, que se desplazaban desde Salamanca u otros sitios y que si quería pasara y tomara algo. Se lo agradecí pero me fui a ver la iglesia antes de dirigirme por asfalto a Sando. Nada más dejar atrás el cartel del pueblo me cogió a mí y mi palo uno de los cuatro o cinco ganaderos que trabajaban por allí. Cerré el Runkeeper mientras el conductor me decía que iba a La Fuente. Aprendí en el camino que las vacas Limousin paren con menos problemas que las charolesas. ¿Cómo sabe que una vaca está de parto? Además de que algunas están casi un día pariendo y las ves, otras están raras y si las conoces y observas te das cuenta. Como las personas.

En Sando había un bar en un cruce de carreteras. Una cerveza sin alcohol y un pincho de queso en aceite, un taburete y un mostrador para apoyar el móvil y ver dónde estaba. El hombre del bar es un hombre que ama los caminos. Con la falta de uso, muchos caminos acaban cortados por fincas particulares o perdidos. Ciertas porteras ni se pueden abrir por el caminante, con los ayuntamientos, controlados por los dueños de las fincas, mirando para otra parte. A cambio de esa información suya le conté mi intención de llegar al Atlántico por caminos en línea recta aproximadamente. Entendió que quería mantener la latitud sin necesidad de

explicarle más. Me preguntó, realmente interesado, por las próximas etapas y por dónde entraría en Portugal. Conocía los grabados de Vila Nova de Foz Coa. Le prometí una visita cuando hiciera andando la tercera etapa: Cabeza de Diego Gómez – Sando – Ya veremos. Le dijo a un camionero de Belver de los Montes que transportaba ganado y que venía de Almeida de Sayago que me llevara hasta el cruce de la carretera de Vitigudino. Le pagué el café con leche al transportista.

Andando y haciendo dedo recorrí tres kilómetros hacia mi coche. Me cogió un hombre muy amable que venía de Aldeadávila. Me dejó subir el palo y me bajé en Golpejas. Consulté las valoraciones en Google del Mesón 72 y estaban en lo cierto. Unas alubias blancas, pollo asado con pisto y patatas fritas, una naranja, se habían acabado las mandarinas, y un café, todo muy rico, por 11 euros. La camarera salió a decirme que se me había olvidado el palo. Los 4 km hasta Rollán los hice andando, el día seguía magnífico. Disfruté de unos afloramientos de las areniscas de Cabrerizos que dibujaban el valle y le pregunté a una señora que iba de paseo por la carretera por lo que parecía una fuente, con su sillería de arenisca, dentro de un cercado. Sí, señor, es la fuente de La Madroña. ¿Es pública? Sí, señor, pero compró la tierra el hijo del alcalde y cerró el paso. Le dije adiós y, al momento, me frena. Perdone... ¿No tendría que ir por el otro lado de la carretera? Le contesté que iría con cuidado. Encogió los hombros y se alejó.